

Los años con Fedor

Margarita Peña

Federico Campbell falleció en febrero pasado, por una enfermedad sorpresiva que cortó una existencia aún fértil y que habría dado mucho más al periodismo y a la literatura. Su primera pareja, la escritora y académica Margarita Peña, ha escrito una conmovedora elegía, un ejercicio de duelo y recordación que con profundo pathos tocará las fibras más sensibles de nuestros lectores.

Fue un domingo de febrero, caía la tarde. Había sucedido finalmente, tras muchos días de cautiverio en una cámara aislante. La austera caja sobre ruedas se detuvo allí. Allí junto a mi auto color hormiga. Yacente, quieto, impasible, bajo la tapa azul marino. Allí, cerca de la puerta lateral de la capilla. Se detuvo, sobre las angarillas con ruedas, junto a la ventanilla cerrada de mi auto, con la impasibilidad de la muerte. Sufriente tras las dos semanas de esfuerzos inútiles. No logré encender el auto, el chofer del taxi que aceptó auxiliarnos pronunció ante el cofre abierto: “se descargó la batería, fue la alarma”, pero la alarma no había sonado; tampoco el perrito, forzado a acompañarme, ladró dentro del auto. Antes, a eso de las cuatro, salí de la capilla a respirar aire fresco, saturada de lágrimas, abrazos, ausencia, el sol y el aire me restauraron. Abrí la portezuela, el perro saltó, trotó y se revolcó sobre la hierba junto a los monumentos blancos y solemnes, lo regresé al auto, cerré bien. La alarma no sonó. Horas más tarde el féretro de tapa brillante, a punto de ser subido a la carroza se detuvo junto a mi ventanilla; si la hubiera abierto habría podido rozarlo con la punta de los dedos. No se me ocurrió. Incliné la cabeza, le dije: “Llegas hasta aquí, cerca, para despedirte; aquí estoy, estamos, tantos años después”. Escuché

solamente el silencio. Desde el corazón le mandé luz. Lo subieron a la carroza, cerraron las puertas y arrancaron rumbo a la cremación. La fila de dolientes lo siguió, aplaudiendo, llorando las hermanas. Desaparecieron. Mi auto pudo finalmente andar, despedimos al taxista con tipo de hindú. Según L. a mi lado, nos lo había enviado Sai-Baba para que lográramos salir del panteón, ya casi de noche. Di vuelta al volante, a la capilla en sentido contrario a la carroza, enfilé hacia la gran reja, hacia la glorieta en donde venden flores, tomé rumbo a Thiers, Ejército Nacional. Desaparecimos en la noche: él hacia el norte, yo hacia el sur. En febrero, el mes fatídico, el mes en que acribillaran a Bernardo Reyes, padre de Alfonso, un día 9. El mes en que murió Madero.

2. Una ancha puerta entreabierta hacia la calle. Barrotes blancos y cristales opacos. Una pareja joven. Ella mira hacia la derecha: cabello corto, oscuro y alborotado, tez clara, aire entre tímido y feliz. Él la abraza con ambos brazos, con ganas, la rodea, la cubre en el abrazo. Una gran sonrisa, cejas tupidas, el pelo ralea un poco. A ella los ojos le brillan, la risa pícaro. Él sonríe, la abraza posesivo. Se ven felices. Él, guapo; ella, contenta. Por ahí de 1963, principios de 64. Él llegó de Tijuana, hizo estudios de derecho, se desencantó y los dejó. Ella tam-



Federico Campbell y Margarita Peña

bién, durante dos años. Los abandonó, entró a estudiar letras, terminó y trabaja en un suplemento literario que él frecuenta, allí se conocieron... Solían ir a Cuernavaca, a Tequesquitengo los fines de semana en el Valiant; al Casino de la Selva, al quiosco de la plaza a beber champola de guanábana bajo los laureles.

La foto me golpea, me manda a un pasado que no sé si viví o imaginé. Lo recupero con remordimiento, con un vago sentimiento de culpa. ¿Cómo es que no me di cuenta de que era tan feliz? ¿Por qué no es uno consciente de la felicidad cuando la tiene a la mano, cuando la está viviendo? Esa tendencia a querer que las cosas sean de otra manera, que todo sea mejor, perfecto. Que él se convierta en un hombre estable, que consiga un buen trabajo, un sueldo fijo, cuando es un soñador que escribe cuentos, descubre el mundo, me ama, lo amo, y ya. Lo demás, premisas convencionales, presbiterianas. Arrepentimiento. A tantos años de distancia. Ya para qué. Pero la culpa me hace ver el pasado con claridad, de otra manera, me ilumina, ¿o es la fotografía? Esta resarce, consuela, es un lenitivo del pesar... ¿Quién la habrá tomado? Quizá S., la amiga-hermana que la puso hace días en mis manos. Pero también me fustiga, la foto, me duele: una añoranza insoportable, una nostalgia inútil.

4. Cuántas cosas, en esos años. La diaria labor (con un fervor casi religioso), terminar la carrera de letras, los libros; las traducciones del francés (Michel Butor, los poetas yugoslavos); las entrevistas: Nathalie Sarraute, Albert Camus, Henri Cartier-Bresson y muchos más. Todos aquellos que el director del suplemento literario me pide que entreviste. Ese que pretende adueñarse de

mi tiempo... y de mi vida. Me le escapo, como escapo de su ridículo Datsun color rosa... No lo escucho, bajo del coche. Me advierte en un tono entre paternal y rencoroso: "Compañera, busque a alguien de su rodada...". Se refiere a él, claro, al escritor en ciernes con un porvenir indescifrable (como es siempre el futuro). ¿Y eso qué importa? Huyo, me olvido del suplemento, de los bares "de altura" (el Muralto, el Chips, Jacarandas, el del Prado). Me refugio con Fedor en el departamento de la calle de Sinaloa, que llenamos de muebles que nos regalan, libros que se desparraman por el piso, ¿para qué queremos más? Ah, y la música, los Beatles. Están en su esplendor. Bailamos en la casa de YI., en Coyoacán, cuando Fer y Emilio se agarran a cachetadas, rivalizan por las atenciones de la anfitriona. Allí, en plena madrugada, al salir, en la plaza de Santa Catarina. O con los amigos en el departamento de Constituyentes, frente a las rejas de Chapultepec, también los Beatles. Me parece verlo, a Fedor, ensimismado en el baile, el movimiento, el ritmo. Lo sigo al mundo alucinante de los músicos de Liverpool, la juventud y el amor. Trabaja en la Librería de Cristal, junto al Cine Chapultepec (¡ay, cine maravilloso como no hubo otro!), en pleno Paseo de la Reforma. Yo, ahora, corrijo estilo en una dependencia oficial, frente a la Glorieta de Colón. En Navidad me regala un libro de título singular: *Pulcro y decente. Historia del WC en Inglaterra*. Pasta dura, cubierta rosa con un dibujo alusivo. Lo desenvuelvo antes de la cena, en casa de mi hermana y su marido, botánicos ambos, científicos estrictos que poco entienden de lecturas sofisticadas. Sin embargo, nos comprenden, nos quieren. Ellos y sus dos pequeños, Mario y Raúl, mis sobrinos adorados.

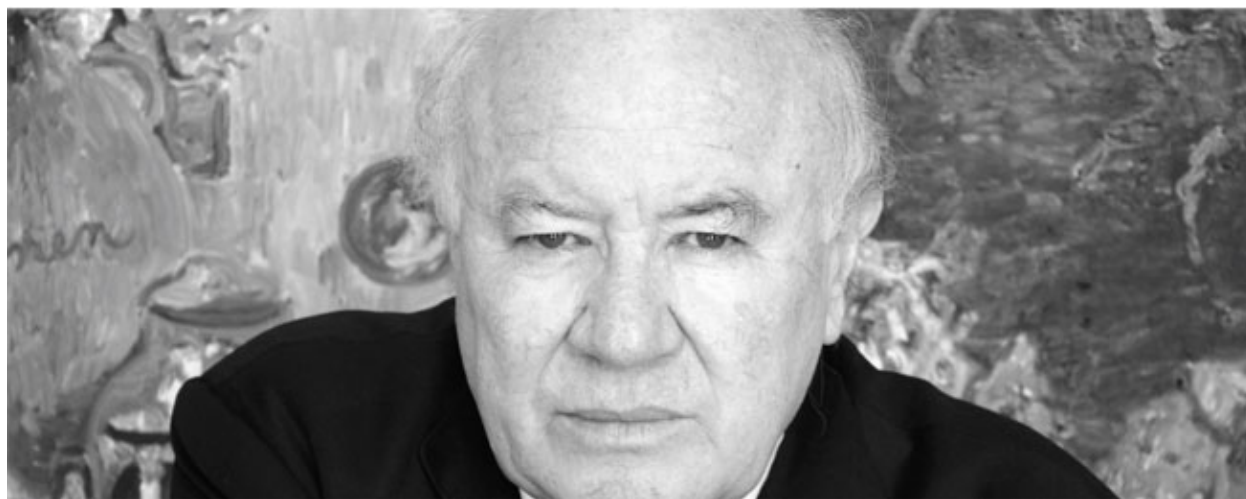
3. Pero no todo es miel sobre hojuelas. Pasan los meses. Fedor suele enclaustrarse en la calle de Sinaloa (pareciera que algo lo llevó siempre al occidente de México), desaparece una semana. Voy, toco la puerta. Sé que está allí. No abre. Llamo por teléfono a su mejor amigo y confidente, quien me tranquiliza. “No hagas caso, no te preocupes, ya saldrá...”. En efecto, reaparece más tarde, cuando quiere. Su imagen es un poco la del joven titubeante al estilo James Dean en *Al este del paraíso*, presa de un miedo adolescente. Más adelante la identificación será con Marlon Brando, el de *Nido de ratas*, o Rod Steiger en *El prestamista*. Voy al departamento y veo unos papeles desparramados, escritos con su letra. Es una carta a su antigua novia, la muchacha italiana que conociera cuando los cuáqueros de California le concedieron una beca para viajar a... Italia. No me importa su nombre, hago una escena de celos apenas disimulada por una fingida indiferencia (la imagino, ahora, a la sin nombre, como una de las muchachas sicilianas de *El padrino*, de Ford Coppola). Lo conectaba entonces con el cine, lo conecto de nuevo, ahora, tras ver hace unos días a Martin Scorsese hablando sobre Elia Kazan. Escribía cuentos sobre Tijuana: “El olivo, el polvo”, que publicamos en *El Rehilete*. Se gesta lentamente (me doy cuenta) *Todo lo de las focas*. También practica el

periodismo, siempre amó escribir artículos de fondo. Tiempo después se unirá al equipo de *Proceso*, en donde va a trabajar durante catorce años. Su ídolo y gurú será Julio Scherer, figura paterna, sin duda. Trabaja en la *Revista de Bellas Artes*, que dirige Huberto Batis. Se hace amigo de Rita Murúa, entonces casada con Jorge Ayala Blanco. Rita es una linda persona, me regala una colección de la revista... (cuando, un día, le conté a Huberto, se enojó. Rita, querida Rita, ya había desaparecido). También, por entonces, florece la amistad de Federico con Juan Rulfo: interlocutor, maestro, conciencia rectora, con quien comparte la parquedad y el gusto por el silencio. Por mi parte, renuncio a traducir, corregir, redactar *abstracts* en CONESCAL, dependencia de UNESCO (mi oficina, desde donde a veces hago llamadas anónimas al teléfono de F. con la intención de crearle confusión respecto a novias hipotéticas, en medio de las risas de mis cómplices Cristina, Marilú, Françoise: todavía éramos unas niñas...), y poco después solicito la beca para estudiar el doctorado en lingüística y literatura en El Colegio de México. Nuestros caminos se van apartando: estoy inmersa en la disciplina de El Colegio; he renunciado a un sueldo de tres mil pesos por una beca de 250 mensuales, vivo en una especie de retiro monástico. Tengo mentores excepcionales. Antonio Alatorre, Maxime Chevalier, James Irby, Manuel Alvar. También amigos: Roberto Pérez Díaz, Giorgio Perissinotto, Luis Fernando Lara, Elizabeth Velázquez, Carmen Delia Valadés, Jorge Aguilar Mora... Años de aprendizaje esforzado y gratificante. Pero no nos olvidamos...

4. La madre de F., maestra de profesión, falleció en los años 64, 65. Él emprendió el viaje a TJ a bordo de un autobús en el que lo dejó una mañana, allí en lo que ahora es el Eje Central. Veló a su madre día y noche. Estábamos, por entonces, en los albores de nuestra relación. Poco a poco, el recuerdo de la madre cedió su lugar a la evocación del padre, Federico Campbell Mayén, telegrafista, a quien él llegó a venerar. De ahí su libro *La clave Morse*. Figura cardinal dentro de la genealogía familiar. Otra vez la búsqueda del padre, como en el cine de Kazan, como el personaje de Cal en *Al este del paraíso*. A finales de 1966, Federico formaba parte del grupo de periodistas del McCalester College, de Saint Paul, Minnesota, con el que realizó una gira de trabajo por varios lugares de Estados Unidos. Recibí una llamada de larga distancia: “Voy a estar en San Francisco para el Año Nuevo. ¿Qué tal si nos encontramos allí?”. Y nos encontramos. Alquilamos un Mustang color blanco y nos lanzamos a la zona de Berkeley. Visitamos a Miss Anita Carter y a Miss Florence, respectivamente botánica y bibliotecaria en la Universidad de Berkeley, a quienes yo conociera en junio de ese año cuando fui a ver a mi hermana y mi cuñado. Académicas respetables, dieron a Fedor el visto bueno. Miss Florence, con cierta



Federico Campbell y Federico Campbell Peña



© Javier Navarro

reticencia: “hummm, periodista, no es alguien sensible como tú...”. Se equivocaba. De la casa en las colinas nos trasladamos a bordo del Mustang, a la de sus amigos cuáqueros. Me parecieron gente de lo mejor, el tipo de norteamericanos que lo reconcilian a uno con USA. Bajamos de las colinas, nos metimos al cine. Al día siguiente con su grupo la emprendió a Las Vegas, en donde lo alcancé. Fue regio. El esplendor hollywoodense de Las Vegas a mediados de los años sesenta: el Caesar’s Palace, Charles Aznavour transitando por los pasillos, los divertidos periodistas compañeros de Federico. Era la época de minifaldas, mallas caladas, mi vestido de pana amarillo con forro de satén. Beatles mezclados con Rolling Stones, Doors y Las Supremas. La vida a todo trapo. Un día después de toparnos con Aznavour regresé a México, a toda prisa, mi hermana estaba por dar a luz a su tercer hijo. Fedor me despidió en el minúsculo aeropuerto local.

6. Sobrevino el año crucial: 1968. Habría tanto qué decir... El Colegio de México se concientizó, nos unimos a la protesta. Manifestaciones, marchas, la que salió de Ciudad Universitaria con el rector Barros Sierra a la cabeza. Caminamos hasta Félix Cuevas. La Manifestación del Silencio, por Paseo de la Reforma. Federico, parte en México, parte en Washington. Regresó a México en marzo del 69 para volverse a ir a Europa, España, Barcelona. A Cataluña, ámbito de cultura y amistad. Los escritores: Juan y Agustín Goytisolo, Vázquez Montalbán (su amigo), Juan Marsé, Pere Gimferrer, Félix Grande, Esther Tusquets (la conoceríamos Buqui —Fede chico— y yo años después, en una librería sevillana: se comportó como si fuera su tía...). Resultado, un libro, el primero: *Infame turba*, dedicado a Margaret y Buqui. Un *affiche*: “Desde Barcelona, nueva narrativa hispánica” anuncia el cartel que llegó por correo. Otro: *Conversación en La Catedral*, editada por Seix Barral. Ambos cuelgan aún sobre mi computadora. El libro, espejo de una generación literaria, se convertiría en libro de texto en algunas universidades. Luego, en Méxi-

co, para él, la revista *Mundo Médico*; *Proceso*, adonde Buqui lo acompañaba a veces los viernes en la tarde, día de cierre de la revista. Los años se poblaron de libros, de salidas sabatinas con su hijo, de palabras y noticias a distancia. Así iba la vida... Los años con Fedor... El Colegio Madrid para Fede (el temblor de 85; antes estuvo en la Bartolomé Cosío, escuela entrañable). Me voy a la Universidad de Indiana, Bloomington, en el 84 y luego en el 85. Federico, Fede hijo, y la gata Momó, en el departamento de Damas; la gata acabaría por huir. Tiene F., entre varios, un gran amigo: Guillermo Tovar de Teresa. Me lo presenta, hablamos de la Nueva España, simpatizamos, lo visito en su casa-archivo de la Roma, es un sabio... ahora también lo echo de menos. Más libros, la obsesión de Tijuana, de Baja California. Habla a menudo de Fernando Jordán, el periodista-personaje de novela, referencia fantasmal. Viaja en una ocasión con el hijo, a la península, en barco. Poco antes, o poco después, uno de esos barcos se hundió. Escribiría, luego, *Transpeninsular*. A lo largo de los años, *Pretextas*, *Post Scriptum Triste*, *Máscara negra*, *Tijuanenses*. El fenómeno del escritor ante el poder; la literatura política, existencial, el psicoanálisis, el teatro; entusiasmo por Sciascia, David Mamet, Harold Pinter. ¿Una suerte de conciencia atea al modo de Beckett? Nada de eso, nada de ateísmo, más bien deísmo al modo de Baruch Spinoza en el XVII. Lo recuerdo en el bautizo de Camila, la nieta... Idas y venidas frecuentes a TJ. Mucho después, en 2013, ya en el presente, según me cuentan, Viena, las inundaciones cerca de Dresde; Roma (desilusión: Italia no es ya la de la joven siciliana, se siente aislado pese a sus entrevistas con la traductora italiana del libro sobre Sciascia); Dublín, en cambio, le encanta, es feliz.

Finales de enero de 2014. El último viaje a TJ. Luego, la influenza y el fatídico 15 de febrero. Su padre —amado padre— murió un 14 de febrero. Y había nacido, como él, un primero de julio.

Se fue antes de lo que pensaba. Antes de lo que hubiéramos pensado. **U**